LIBRARY OF PRINCETON
SEP 2 9
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BX1462.A1 V47

Verbo.

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/verbo2161ciud

VERBO

LIBRARY OF PRINCETON
JAN 25 1988
THEOLOGICAL SEMINARY

En el principio era el Verbo

S. Juan 1, 1

Setiembre 1960

año 11 — nº 16

LA CIUDAD CATÓLICA

SIN VALOR COMERCIAL

¿QUÉ ES LA REVOLUCIÓN?

"La *Revolución* es una doctrina que pretende *fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre en lugar de fundarla sobre la voluntad de Dios*" [1]. "Ella se manifiesta por un sistema social, político y económico nacido del cerebro de los filósofos, sin cuidado de la tradición y caracterizado por la *negación de Dios sobre la sociedad pública. Esto es la Revolución, y es allí donde hay que atacarla*" [2].

"El resto no es nada, o más bien todo fluye de aquéllo, de esa rebelión orgullosa de donde salió el Estado moderno, el Estado que ha tomado el lugar de todo, que se ha hecho dios, y que nosotros rehusamos adorar.

La *contra-Revolución* es el principio contrario, es la doctrina que hace *reposar la sociedad sobre la ley Cristiana*" [1].

Secularizar la sociedad y el Estado, emancipar de toda influencia católica los órdenes de la vida, y, si fuera posible, arrancar la fe de todas las almas; *restaurar el imperio de Luzbel sobre la ruina del de Cristo*, tal es el fin de la *Revolución* cosmopolita, que tácita o expresamente, con franqueza o doblez, persiguen la escuela y partidos liberales (y marxistas), que son los instrumentos por los cuales se difunde y desarrolla en el mundo" [3].

"Llámese Racionalismo, Socialismo, *Revolución* o Liberalismo (o Comunismo, agregamos), será siempre, por su condición y esencia misma, la negación franca o artera, pero radical, de la fe cristiana, y en consecuencia *importa evitarlo con diligencia, como importa salvar las almas*" [4].

"Después de los tres primeros siglos, durante los cuales la Tierra rebosó de sangre de cristianos, se puede decir que jamás la Iglesia atravesó una crisis tan grave como aquella en que entró a fines del siglo XVIII.

"Bajo el efecto de la loca filosofía salida de la herejía de los novadores y de su traición; y por el desatino en masa de los espíritus, estalló la *Revolución*, cuya extensión fué tal que trastornó las bases cristianas de la sociedad, no sólo en Francia, sino poco a poco en todas las naciones". S. S. Benedicto XV (A. A. S., 7 de marzo de 1917).

Y esto es la Revolución: la gran rebelión que, incubada desde muy lejos, nace vigorosa en los últimos tiempos (siglo XVIII en adelante). La Revolución no es sólo el laicismo en las escuelas, ni la disolución en la familia, ni el odio a la autoridad civil, ni la persecución religiosa, ni el trastrueque del mundo del trabajo. Es todo eso; pero es algo más. Es el afirmar que tanto el orden social como el individual se han de establecer sobre los derechos del hombre y no sobre los derechos de Dios. ¿Sus etapas? *Renacimiento, Reforma, Revolución francesa, Comunismo.*

[1] Alberto de Mun, Discurso en la Cámara de Diputados de Francia, en noviembre de 1878. Fué de Mun economista, organizador del "Catolicismo social", varias veces diputado, propulsor de la legislación social francesa y académico (1841-1914).

[2] A. de Mun, del discurso a la Tercera Asamblea General de miembros del Círculo Católico, 22 de mayo de 1878.

[3] Vázquez de Mella, La persecución religiosa. Obras completas. T. V, p. 35. El autor (1861-1928), insigne apologista católico y elocuente orador, mereció ser llamado en España, su patria, "El verbo de la Tradición".

[4] Carta colectiva de los Ilmos. y Rvdmos. Prelados de la provincia eclesiástica de Burgos.

VERBO

ORGANO DE FORMACION DOCTRINARIA
de
LA CIUDAD CATOLICA

Setiembre 1960 Año II, nº 16

ÍNDICE

Vida de **La Ciudad Católica** 3

Enseñanza de La Ciudad Católica: La Revolución. (Sexta parte) 5

El pensamiento moderno y la Revolución, por **Juan A. Casaubon** (Primera parte) 19

Textos: De "Los misterios del cristianismo", de Matías José Scheeben 29

Córdoba 679, esc. 710, Bs. Aires, Argentina - Teléf. 32-6343

Con las debidas licencias

Director: M. Roberto Gorostiaga

Suscripción a 6 números: Argentina $ 70.— m/n. Exterior 1.— dólar
Precio del ejemplar: Rep. Argentina: $ 12.— m/n. Exterior 0,20 dólar
Suscripción a 6 números: Argentina $ 70.— m/n. Exterior 1.— dólar

Cheques y giros a la orden de LA CIUDAD CATOLICA
Córdoba 679, esc. 710, Buenos Aires, Argentina

VIDA DE LA CIUDAD CATÓLICA

Podemos anunciar ya a nuestros amigos, que nos leen y nos siguen, la Segunda Jornada de La Ciudad Católica. que se llevará a cabo el domingo 18 de diciembre.

Esta reunión anual, cita de honor de los que de muy diversas maneras se sienten unidos a nuestro trabajo y de todos los que mes a mes estudian Verbo, es parte integrante de la tarea común de los últimos meses. Por ello el tema central de la misma ha de ser "El comunismo", puesto que hemos creído necesario ubicar exactamente a esta última etapa de la Revolución Anticristiana y enunciar los legítimos medios de combate.

Asimismo con esto adherimos al Primer Congreso Mariano Interamericano, a realizarse en nuestra ciudad del 9 al 13 de noviembre, en el que se tratará también como tema fundamental de estudio al comunismo.

Imploramos la intercesión de Nuestra Señora para lograr la finalidad de esta Segunda Jornada, a fin de que nos ilumine y nos permita profundizar nuestros conocimientos con vistas a una efectiva acción social.

Coincidentemente, hacia fines de diciembre libraremos al público en su versión castellana "Marxismo-Leninismo". texto cuyo interés nos ha parecido impostergable, lo que nos impulsa a emprender su publicación aun a costa de enormes esfuerzos de diverso orden.

Pedimos desde ya la colaboración de nuestros amigos, en todas sus formas.

En primer lugar y muy especialmente el apoyo espiritual, las oraciones, la Misa periódica, sobre todo la de los

sacerdotes simpatizantes, la plegaria comunitaria de las órdenes religiosas que nos han acompañado siempre.

En una palabra: rezar y hacer rezar por todas estas intenciones propuestas.

El lugar en que se desarrollará nuestra jornada y la hora de iniciación serán comunicadas en el próximo número de VERBO.

LA REVOLUCIÓN

Sexta parte

Matanzas y suplicios

Queda un último punto que querríamos sacar a luz con respecto a este frenesí de aniquilamiento de la Revolución: ella es la realización más fiel que el mundo ha conocido desde comienzos de la Era Cristiana, del Sueño de Lucifer: el suplicio, la matanza, la destrucción de los hombres.

Ciertamente la historia de los pueblos cristianos contiene también un considerable número de páginas escandalosamente manchadas de sangre, por ejemplo la matanza de San Bartolomé. Sin embargo, ello no prueba nada contra lo que habrá de exponerse, y serenamente puede afirmarse que es imposible oponer a los crímenes de la Revolución los que registra la historia de la Era Cristiana. Y ello, ante todo, porque existe una desproporción gigantesca en cuanto a la cifra misma de esos crímenes [94]. La muerte, el atentado a la inte-

[94] Cf. por ejemplo, sobre la comparación de los crímenes del Terror en Francia (1793) y los que fueron cometidos en algunos lugares al comienzo de la Restauración, dice Jean Guiraud (Histoire partiale, histoire vraie, t. I, p. 50): "Alrededor de doscientas personas fueron víctimas de ese movimiento de reacción. Lejos de nosotros el justificar tales muertes, ya sea que ellas fueran ordenadas por la ley o cometidas por el populacho. Sin embargo, jamás se podría establecer paralelo alguno entre los excesos de la Restauración y aquellos de la Convención, comparar a Luis XVIII con Robespierre..." Las mismas observaciones son posibles a propósito de la Inquisición. La misma Inquisición española, tan frecuentemente atacada, no podría ser comparada ni lejana-

gridad física del prójimo, no son ni fueron jamás de nuestro lado considerados como un medio de acción normal e incluso legítimo, como por el contrario lo fueron y lo son todavía del otro lado. No hay duda posible sobre este punto: abundan los hechos y los textos, sin olvidar múltiples declaraciones especialmente cínicas.

No nos extrañan todo el horror de las persecuciones, violencias y guerras religiosas que acarreó la llamada "Refor-

mente al menor tribunal revolucionario. Y esto es tan exacto, que el famoso sacerdote apóstata Llorente no puede citar más que veintisiete condenas a muerte sobre 3.337 personas que fueron juzgadas en el espacio de trescientos años por uno de los más célebres tribunales de la Inquisición, el de Sevilla, que Torquemada presidió durante algún tiempo. Y M. Sea, historiador protestante, librepensador y hecho conocer por Salomón Reinach, quien se ha visto obligado a escribir que "el verdugo [de la Inquisición] no ha hecho, comparativamente, más que algunas pocas víctimas" ("Historia de la Inquisición", I, pág. 489). En el momento mismo de la represión del albigeísmo y de sus consecuencias, verdadero peligro social y nacional, "la proporción de las condenas —escribe Vacandard— era, en el tribunal de Pamiers, de uno cada trece; en el de Tolón, de uno por veintidós o veintitrés... Esta estadística está lejos de los fantasmas que evocan de buen grado los panfletistas mal informados". ("La Inquisición", pág. 236). "Las demás condenas no lo eran a la pena capital. Era un promedio de uno por año. Si el tribunal revolucionario —escribe Guirand— no hubiera hecho más que dos víctimas, una en 1793 y otra en 1794, ¿se hablaría siquiera de él?" Y un último punto, que importa no olvidar cuando se habla de las "víctimas" de la Inquisición, es que esas pretendidas "víctimas" eran, salvo raras excepciones, verdaderos enemigos del orden público, contra los cuales la sociedad podía legítimamente defenderse. Es engañoso creer que cualquiera que se encontrara en desacuerdo con la Iglesia sobre una cuestión dogmática podía ser normalmente condenado a muerte. Eran, sobre todo, las violaciones de la ley natural las que provocaban las más severas condenas. No olvidemos que cátaros y albigenses, por ejemplo, condenaban el matrimonio legítimo; que un Dolcino, jefe de los heréticos llamados "Bizocchi", profesaba el comunismo, excluyó la lujuria de la lista de los pecados capitales y enseñaba a sus discípulos el uso indiferente de sus mujeres y las de los otros, etc. Por tanto, no se puede sostener, como lo hizo Michelet, que esas doctrinas eran inofensivas, porque eran especulaciones de visionario sin influencia sobre la sociedad.

Lo contrario es lo verdadero: sus predicaciones tuvieron como con-

ma" cuando leemos este pasaje de Lutero que cita Balmes [95]. Dice así del Papa: "que era un loco rabioso, que todo el mundo debía armarse contra él, sin esperar orden alguna de los magistrados; que en este punto sólo podía caber arrepentimiento por no haberle pasado el pecho con la espada; y que todos aquellos que la seguían debían ser perseguidos como los soldados de un capitán de bandoleros, aunque fueran reyes o emperadores", y sigue Balmes: "Éste el espíritu de tolerancia y libertad de que estaba animado Lutero, y cuenta que nos sería fácil aducir muchas otras pruebas".

"No se crea que tal intolerancia fuese exclusivamente propia de Lutero: extendíase a todo el partido y se hacían sentir sus efectos de un modo cruel".

En la historia de la Edad Cristiana se encuentran, ciertamente, asesinatos y asesinos, pero al menos éstos son siempre considerados como tales. Los criminales, entre nosotros, no se presentan como grandes hombres, ni como pioneros, fundadores o héroes del orden cristiano. Todo lo contrario ocurre del lado de la Revolución: los personajes decisivos para el éxito de la causa son aquellos que tienen más sangre en sus manos.

Los archivos de la historia revolucionaria están plagados de crímenes, de masacres premeditadas fríamente, en las lo-

secuencia casi inmediata, turbaciones políticas y sociales. En Italia, los cátaros lograron apoderarse del poder en algunas ciudades. En Brescia, en 1225, incendiaron algunas iglesias y lanzaron antorchas encendidas sobre las casas de los fieles. Cuando los "fraticelli" de Dolcino quisieron fundar su ciudad comunista, se armaron, devastaron los alrededores de Novara, sembrando por todas partes el terror.

En Inglaterra, los Lolardos suscitaron revueltas formidables, saqueando los condados de Essex, Kent, Suffolk y Norfolk, masacraron al pueblo, y entre ellos al Arzobispo de Cantorbery y al Gran Prior de S. Juan de Jerusalén.

En España, los "alumbradós" de toda laya conjugaban sus malas doctrinas con una gran licencia de costumbres. Repugna leyendo sus procesos, los sacrilegios y profanaciones que cometían y la justificación de sus torpezas so capa de unión con Dios.

[95] En "El Protestantismo comparado con el Catolicismo", nota 2.

gias o en otros reductos más secretos. El puñal, el veneno, la lanza, la guillotina, hoy la ametralladora o el tiro por la espalda, los sabotajes criminales, la ejecución sumaria, el motín sangriento, los llamados tribunales populares, las torturas, los campos de concentración [96], el terror, son los instrumentos regulares o bien los accesorios constantes del progreso de la Revolución en el mundo.

Ella fué, y aún es, rigurosamente tributaria de los asesinos que la sirvieron y que la sirven, y de los cuales ella se ha servido y se sirve, exaltándolos como a sus más austeros servidores, aunque un poco demasiado feroces en ocasiones. Se distingue y ensalza a ese conjunto de canallas como si fueran auténticos y puros justicieros. Por medio de los recursos de una dialéctica inverosímil, se presentará como héroes a los peores asesinos. Así el célebre pistolero Durruty, asaltante en Buenos Aires, asesino del pagador del hospital Rawson, entre otros casos, fué luego uno de los "generales" de los ejércitos rojos en Cataluña cuando la guerra de España. Es sumamente fácil demostrar que la mayor parte de los grandes hombres de la Revolución no sólo tiene sangre en sus manos, sino que además han sobresalido en el arte de hacerla correr, sin la más mínima sombra de remordimiento, sino por lo general jactándose de ello [97].

"Para establecer sólidamente la República es necesario reducir la población a la mitad", aconsejará el revolucionario francés Jean Bon Saint-André en 1793, y el infame Carrier, el verdugo de Nantes, dice: "Haremos un cementerio de Francia si no podemos regenerarla a nuestra manera".

Y precisamente se conoce esa manera. El muy positivis-

[96] No dudamos en relacionar a la corriente revolucionaria el "nazismo" de Hitler. Por violenta que haya sido su oposición a los llamados "demócratas", ningún espíritu sensato puede dejar de comprobar que existían las mismas raíces ideológicas entre esos "hermanos enemigos".

[97] Cf. Las atroces palabras de Napoleón a Metternich: "Yo tengo 100.000 hombres de renta". O aquellas de Sarmiento a Mitre: "No trate de economizar sangre de gauchos. Éste es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos".

ta Taine ha realzado la receta, frecuentemente puesta en práctica desde entonces: "De un lado, fuera del derecho común, en el exilio, en prisión, bajo las lanzas, sobre el patíbulo, la élite de Francia, casi todas las gentes de raza, de sangre, de fortuna, de mérito, los notables de la inteligencia y la cultura, del talento y de la verdad; del otro lado, por encima del derecho común, en las dignidades y en la omnipotencia, en la dictadura irresponsable, en los proconsulados arbitrarios, en la soberanía judicial, un montón de desubicados de todas las clases, los recién llegados de la infatuación, del charlatanismo, de la brutalidad y del crimen" [98].

Y ese espectáculo que nos ha brindado la "Revolución" llamada francesa [99] se ha repetido y aún se repite allí donde la Revolución triunfa o hace nuevos programas [100]. Al punto

[98] "La Revolución", t. III, pág. 456.

[99] La expresión no es nuestra, sino de S. S. Pío XII (Carta erigiendo a N. Sra. de Tables, en Montpellier, en Basílica Menor). Dice el Papa: "...postquam eversores Gallicae, quam vocant. Revolutionis pristinum sanctuarium dirnerunt...", lo que significa: "...después de la destrucción, por los demoledores de la Revolución llamada francesa, del antiguo Santuario...".

[100] Contentémonos con recordar algunos detalles menos conocidos o demasiado olvidados, los crímenes masónicos, por ejemplo. Se sabe bien que Mazzini y sus secuaces tenían una predilección particular por el puñal. Piénsese en la muerte de García Moreno; en la de Leopoldo II, emperador de Alemania, asesinado por el H.·. Colombe por orden del gobierno jacobino de Francia; en la de Gustavo III de Suecia; los emperadores de Rusia Pablo I, asesinado en 1801, y su hijo Alejandro I, en 1825.

En un famoso proceso que don Miguel de Morayta, Gran Maestre del Gran Oriente Español, hizo instruir al sacerdote don Wenceslao Balaguer y al diácono don Andrés Serrano por crímenes inculpados a la Masonería por medio de la prensa, uno de los defensores de los acusados, don Ramón Nocedal, recordó en la audiencia del tribunal los crímenes cometidos por la Masonería contra la Iglesia, en esta forma: "Está bien, señor Morayta; pero yo voy a citar otro testimonio y otro libro que nadie puede recusar, que no hay más remedio que admitir, y es el testimonio y el libro de la historia. ¿Me quiere decir el señor Morayta quiénes fueron los que en 1814 tramaron el plan de asesinar al general Elío, en Valencia, y en Sevilla al conde de la Bisbal, después, ciego ser-

que se pueden aplicar esas palabras de Taine a la letra, a Méjico o a la República Española.

Como dato histórico podemos mencionar la sesión de la

vidor de las logias, suplantando dos reales órdenes y falsificando la firma del ministro para que fuesen arrestados y ajusticiados por traidores, como estuvo a punto de suceder? ¿Podrá el señor Morayta decirme quién asesinó por la espalda, en una encrucijada, cerca de Villarana, el año 1823, al Ven. Obispo de Vich, Fr. Raimundo Struch, traductor del libro del abate Barruel contra el masonismo jacobino, y al pobre lego que lo acompañaba? ¿A quién cargamos en cuenta, señor Morayta, la sangre de los veinticuatro vecinos de Manresa, venerables ancianos, sabios y virtuosos religiosos, honrados comerciantes, asesinados el año 1822 en la emboscada de los tres roures, y la de tantas otras inocentes víctimas llevadas alevosamente al matadero en la célebre tartana de Rotten? ¿Quién empujó, en 1823, al gobernador de La Coruña a sacar del castillo de San Antón a cincuenta y un presos, en las tinieblas de la noche, y a meterlos maniatados en un barco y a arrojarlos al mar a bayonetazos y destrozar con los remos los cráneos de los que sobrenadaban? ¿Quién hizo y quién envió, el año 1829, aquel pliego y máquina infernal que el general Eguía abrió, por precaución, metiéndolo debajo de la mesa, con que libró la vida, pero perdió una mano? ¿Quién mandaba y pagaba a los setecientos soldados y oficiales que en la Puerta del Sol, de Madrid, asesinaron al general Canterac, solo y sin defensa, en 1835? ¿Quién envió a Hortaleza la gavilla de forajidos que asesinaron a puñaladas a Quesada cuando iba huyendo indefenso y solo? ¿Quién arrojó aquel mismo año sobre la ciudadela de Barcelona y Atarazanas a las turbas feroces y salvajes que despedazaron en sus calabozos al coronel O'Donnell y a ciento y tantos prisioneros más? ¿Quién asesinó a Fulgocio? ¿Quién armó a los asesinos que en 1844 dispararon sobre el coche del general Narváez, que por maravilla salió ileso, y asesinaron a su ayudante Basseti? ¿Quién alcanzó la completa e increíble impunidad del regicida La Riva, en 1847? ¿Quién puso en las manos del cura Merino, porque le cupo en suerte, el puñal con que hirió a Isabel II? ¿Quién impulsó a otro infeliz sectario a levantarse la tapa de los sesos por no cometer el regicidio que también le cupo en suerte, en 1867, en un conciliábulo de Valladolid? Y no hablo de innumerables asesinatos jurídicos, no hablo de la sangre derramada en innumerables pronunciamientos y motines amañados por la Masonería; no hablo de los pueblos pasados a cuchillo y destruídos en honra y gloria de la Masonería por el masón Mina en Cataluña ni de asesinatos como los que cometió la gente de Zurbano en Victoria, ni de las horribles matanzas de enemigos ya rendidos, de ciudadanos indefensos y de inocentes niños, mandados por el

O. N. U. de diciembre de 1948, en que se denunció el llamado crimen de "genocidio" o aniquilamiento de una raza, haciéndose público. según estadísticas oficiales. que sobre 34

coronel González y el Empecinado, en Extremadura. Pero ¿cómo han de caber en un párrafo de un discurso ni aun los asesinatos cometidos en España por la Masonería con todas las formas y condiciones del delito común de asesinato?...

"¡Ah, señor Morayta, jefe supremo del Gran Oriente Español! ¿Quién cantaba por las calles de Madrid, delante de los conventos, dos o tres noches antes del 17 de julio de 1834, aquella horrible copla que empezaba: Muera Cristo, viva Luzbel? ¿Quién hizo cundir la voz de que los frailes habían envenenado las aguas? ¿Quién lanzó sobre el Colegio Imperial, Santo Tomás, San Francisco el Grande, la Merced, el Carmen Descalzo, Atocha, a aquellas hienas sin entrañas que impune y descansadamente asesinaron, despedazaron y mutilaron a los religiosos? ¿Quién retuvo a las tropas en los cuarteles hasta que los asesinos se hartaron de matanzas? ¿Quién ató las manos del regimiento acuartelado en San Francisco para que no socorriese a los frailes y se las desató para rechazar a empellones a los que iban a guarecerse en el cuartel? ¿Quién robó en la comisaría de los Santos Lugares el medio millón con que se pagó a los asesinos? Todo Madrid sabía dónde se había fraguado el crimen; el presidente del Consejo de ministros, al defenderse como pudo de la apatía de las autoridades, también dejó aclarado, de su puño y letra, y nadie ha osado desmentirle, que aquella espantosa y sacrílega hecatombe fué obra de las sociedades secretas". (La Iglesia y la Masonería, págs. 160-165).

(Reproducido por el Cardenal Caro en "El misterio de la Masonería", págs. 202-203. Menéndez y Pelayo, en su "Historia de los Heterodoxos Españoles", relata con más detalles los crímenes durante la época de los "constitucionales" (1820-23); y después de la reacción "absolutista" y la muerte de Fernando VII, las matanzas de religiosos de los años 1834 y 1835 y los incendios de iglesias y conventos. Fueron éstos la venganza de las logias por la entrada de Dn. Carlos en Navarra y los primeros triunfos de Zumalacárregui, verdadero "pecado de sangre" que envenenó desde entonces la vida española. (Heterodoxos, ed. de la B. A. C., t. II, págs. 858-864; 950-955).

Una lista completa de las matanzas de la Revolución será demasiado larga. Las mismas matanzas se reprodujeron en Italia, en Alemania, en Portugal, en Méjico, en Hungría, en Rusia, en China, en España cuando la Guerra Civil. Es imposible hacer el balance de las víctimas de la Revolución en estos últimos años. León Poncins, en "El enigma comunista", dice: "El número de víctimas de la Tcheka y del

millones de polacos, 10 millones habían sido exterminados en el curso de cuatro años de guerra tanto por los soviéticos como por los nazis [101].

En lo referente a los suplicios, o a la tortura, su sadismo es tan espantoso, que disgusta mencionar sus manifestaciones.

Pero para subrayar la permanencia del espíritu revolucionario en lo atroz y en lo odioso, bástenos recordar rápidamente la estrecha vinculación existente entre el sistema del proceso propuesto por Nubius —jefe de la Alta Venta— en una carta del 23-XI-1825, y aquel a que fuera sometido en nuestros tiempos el Cardenal Mindszenty.

Con más de 100 años de intervalo, vemos realizarse bajo nuestros ojos las resoluciones que Nubius proponía a Víndice después de la ejecución de Targhini y de Montanari [102].

"Yo he asistido con la ciudad entera —escribe él— a la ejecución...

"Ellos han caído con coraje, y ese espectáculo fructificará. Gritar con todas sus fuerzas, ante el pueblo de Roma, en la ciudad madre del catolicismo frente al verdugo y la gente que mira que se lo inmola como inocente [103] francmasón e impenitente, es admirable... Tenemos, pues, mártires. A fin de desconcertar a la policía de Bernetti [104], yo he hecho colocar flores, muchas flores, sobre la fosa donde el verdugo

G. P. U. asciende a muchos millones". Según Kenneth Royal, y los datos de fuente fidedigna, 13.000.000 de personas fueron detenidas en los campos de concentración de Rusia en diciembre de 1948. ¡En Rusia solamente, sin contar la zona soviética!

[101] Cf. "La hora de los héroes", de L. Arnoux, Prefacio, pág. 10, en nota.

[102] Targhini y Montanari, miembros de la secta de los Carbonarios, asesinos de Alejandro Corsi (en 1819), condenados a muerte por los Tribunales de los Estados Pontificios bajo el reinado de León XII. Los dos asesinos murieron con el insulto y la blasfemia en la boca.

[103] El crimen fué perfectamente probado. La misma carta de Nubius es una prueba.

[104] El Cardenal Tomás Bernetti, gobernador de Roma, admirable figura de servidor del Papado, infatigable luchador contrarrevolucionario.

ha escondido sus restos... Esas flores echadas durante la noche a los dos cadáveres proscriptos harán germinar el entusiasmo de la Europa revolucionaria...

"Es, sin embargo, una táctica inconveniente ésta de crear tanto héroes como mártires. La masa es impresionable. Ella admira de inmediato a aquellos que afrontan con audacia el instante supremo, y en verdad que desde aquel espectáculo me siento yo mismo confundido y dispuesto a hacer como la multitud. Esta impresión... me ha conducido à reflexiones filosóficas, medicinales y poco cristianas que puede ser necesario poner en práctica algún día.

"Si cuando nos llegue el momento de triunfar y para eternizar nuestro triunfo son necesarias algunas gotas de sangre, no debemos conceder a las víctimas señaladas el derecho a morir con dignidad y firmeza. Tal tipo de muerte sólo es bueno para mantener el espíritu de oposición y para dar mártires a los pueblos. Éste es un mal ejemplo; hoy debemos aprovecharnos de él, pero creo útil limitarlo para casos ulteriores. Si Targhini y Montanari, por un medio o por otro (la química tiene tantos recursos maravillosos) hubieran subido al patíbulo abatidos y temblorosos, el pueblo no les hubiera tenido piedad. Porque han sido intrépidos, al mismo pueblo les guardará un precioso recuerdo y recordará ese día como una fecha memorable. Aunque sea inocente, el hombre que se lleva al patíbulo deja de ser peligroso. Pero si él asciende con pie firme, aun cuando sea un criminal y contempla impasible a la muerte, tendrá el favor de la multitud.

"¿Acaso no creéis vosotros que ante el espectáculo de los cristianos primitivos, los Césares no hubieran procedido mejor atenuando, debilitando, aprovechando en beneficio del paganismo todos los heroicos deseos de Cielo, antes que permitir que éstos provocaran el fervor de las multitudes ante su hermoso final?

"¿No habría valido más dopar la fuerza del alma embruteciendo el cuerpo? Una droga bien preparada y mejor administrada, que debilitara al paciente hasta la postración, sería, a mi entender, de un saludable efecto. Si los Césares

hubieran empleado las locustas de su tiempo para ese cometido, estoy persuadido de que nuestro viejo Júpiter Olímpico y todos sus pequeños dioses de segundo orden no habrían sucumbido tan miserablemente... Apóstoles, sacerdotes, vírgenes, llevados por la fe, la imitación, el proselitismo o el entusiasmo, morían sin desfallecer y cantando himnos de victoria. Era como para dar envidia el inmolarse así... Si esos pobres Césares hubiesen tenido el honor de pertenecer a la Alta Venta, yo simplemente les hubiera sugerido que suministraran a los neófitos más ardientes una poción según receta, y no se contarían nuevas conversiones, puesto que no se habrían encontrado más mártires. En efecto, no hay émulos por copia o por atracción cuando se arrastra al patíbulo un cuerpo sin movimiento, una voluntad inerte y ojos que lloran sin enternecer. Los cristianos fueron rápidamente populares porque el pueblo ama todo aquello que sabe emocionarlo. Si hubiera visto la debilidad, el miedo, bajo una envoltura temblorosa y febril, de inmediato la hubiera silbado y el cristianismo habría terminado en el tercer acto de la tragicomedia...

"La Revolución Francesa, que tanto de bueno ha tenido, se ha equivocado sobre este punto. Luis XVI, María Antonieta y la mayor parte de las víctimas de las hecatombes revolucionarias, fueron sublimes de resignación y grandeza de alma. Siempre se recordará (y mi abuela me ha hecho llorar más de una vez contándomelo) a esas damas desfilando ante la princera Isabel, al pie de la guillotina, haciéndole su profunda reverencia, como si estuvieran en la Corte de Versalles. Todo eso es innecesario. Si llega el momento, arreglémonos para que un Papa y dos o tres cardenales mueran como pobres viejas, con todas las características de su agonía, y paralizaréis las devociones de imitación..."

También podemos constatar en nuestra América la realidad de estos derramamientos de sangre buscados por la Revolución.

Sin hacer un análisis de la figura global de Mariano Moreno, en la cual no queremos entrar ni tenemos competencia, cúmplenos señalar algunos pasajes significativos del famoso "Plan de operaciones" que preparó el dinámico secretario de la Primera Junta de 1810:

"Los cimientos de una nueva república nunca se han cimentado sino con el rigor y el castigo, mezclado con la sangre derramada de todos aquellos miembros que pudieran impedir sus progresos; pudiera citar los principios de la política y resultado que consiguieron los principales maestros de las revoluciones, que omito el hacerlo por ser tan notorias sus historias, y así no debe escandalizar el sentido de mis voces de cortar cabezas, verter sangre y sacrificar a toda costa, aun cuando tengan semejanza con las costumbres de los antropófagos y caribes. Y si no, ¿por qué nos pintan a la libertad ciega y armada de un puñal? Porque ningún estado envejecido o provincia puede regenerarse ni cortar sus corrompidos abusos sin verter arroyos de sangre".

. . . . . .

"4º Con los segundos, los enemigos declarados y conocidos, debe observar el Gobierno una conducta muy distinta, y es la más cruel y sanguinaria; la menor especie debe ser castigada. . ."

"5º Igualmente con los segundos, los enemigos, la menor semiprueba de hechos, palabras, etc., contra la causa, debe castigarse con pena capital, principalmente cuando ocurran las circunstancias de recaer en sujetos de talento, riqueza, carácter, y de alguna opinión; pero cuando recaiga en quienes no concurran éstas, puede tenerse alguna consideración moderando el castigo. . ."

"7º Consiguientemente, cuantos caigan en poder de la Patria de estos segundos (los enemigos) exteriores e interiores, como gobernadores, capitanes generales, mariscales de campo, coroneles, brigadieres y cualesquiera otros de los sujetos que obtienen los primeros empleos de los pueblos que aún no nos han obedecido, y cualquiera otra clase de perso-

nas de talento, riqueza, opinión y concepto, principalmente las que tienen un conocimiento completo del país, sus situaciones, caracteres de sus habitantes, noticias exactas de los principios de la revolución y demás circunstancias de esta América, debe decapitárselos; lo primero, porque son unos antemurales que rompemos de los principales que se opondrían a nuestro sistema por todos caminos; lo segundo, porque el ejemplo de estos castigos es una valla para nuestra defensa, y además nos atraemos el concepto público; y lo tercero, porque la Patria es digna de que se le sacrifique estas víctimas como triunfo de la mayor consideración e importancia para su libertad, no sólo por lo mucho que pueden influir en alguna parte de los pueblos, sino que dejándolos escapar podría la uniformidad de informes perjudicarnos mucho en las miras de las relaciones que debemos entablar. . ." [105].

Vése en estos textos el hálito de la Revolución, la impronta jacobina que también se nota en el "Bando de la guerra a muerte" de Simón Bolívar.

Así leemos en su proclama de Trujillo:

"Españoles y canarios, contad con la muerte aun siendo inocentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables" [106].

La guerra de la Independencia fué llevada por ambos bandos con gran ensañamiento, alcanzando su máxima ferocidad en Venezuela.

En esa guerra no hemos visto escrita cosa más atroz, más "revolucionaria" que las "Proposiciones" de Briceño y sus compañeros, firmada en "Cartagena de Indias. Enero 16 de

[105] Véase "Epifanía de la libertad", de Enrique Ruiz Guiñazú, donde está el texto completo y la prueba de su autenticidad.

[106] Proclamas y discursos del Libertador, recopilación de Vicente Lecuna, Caracas, 1939. Transcripta en "Epifanía de la libertad", cap. VII, El odio, pág. 67.

1813, año tercero de la Independencia". Así, dice la proposición segunda que "esta guerra se dirige en su primer y principal fin a destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos..." Y la novena establece como "mérito suficiente para ser premiado y obtener grados en el ejército el presentar un número de cabezas de españoles europeos, incluso los isleños (o sean los canarios); y así el soldado que presentare veinte cabezas de dichos españoles será ascendido a alférez; el que presentare treinta, a teniente; el que presentare cincuenta. a capitán..." [107].

No escasearon tampoco los horrores cometidos por los realistas, entre los que se destacaron por su crueldad: Boves, Morillo, Calleja, Monteverde.

Morillo aconsejaba la "expurgación de doctores, que son siempre los promotores de rebeliones", y confiscaba los bienes de los rebeldes muertos. El terrible Boves "fué el caudillo de las castas de color contra la aristocracia criolla", el "archimonstruoso", como le llamó Bolívar, asegurando que mató o hizo matar más de 80.000 personas [108].

Indice del terror realista son las palabras de Fernando VII en el Congreso General Constituyente de 1819: "...con pueblos rebelados, la clemencia es debilidad; el estandarte de la rebelión fué levantado por la fuerza, caiga sobre las manos que lo desplegaron y sobre todos sus secuaces la cruel hacha de la justicia; no demos tiempo a esos amotinados para que se acostumbren a sus crímenes, a los jefes para que afirmen su poder, ni a los pueblos para que aprendan a venerar sus nuevos amos. A ellos se les dan las pasiones como las armas. Despléguese a su vista la majestad del trono español; ellos se precipitarán a nuestros pies pasando luego del terror a los remordimientos, y de los remordimientos al yugo. La piedad en la guerra civil es la más funesta de las virtudes; la espada, una vez desenvainada, no debe volver a su lugar sino

[107] Op. cit., cap. VII, El odio, págs. 67-68.
[108] Op. cit., pág. 66.

por la sumisión; perezcan todos, si es preciso, y a los que escapen a la muerte sólo les quede en su alivio ojos para llorar" [109].

A ciento cincuenta años de esos acontecimientos, nos resultan incomprensibles esos excesos; no entendemos cómo pudo lucharse con tanta saña entre pueblos católicos, más aun pueblos hermanos por la sangre. Aunque sí comprendemos que esa ferocidad pasará luego a las luchas civiles, que en mayor o menor medida desgarraron a casi todos los países de Hispanoamérica.

Vemos, pues, la entrada en acción de la dialéctica revolucionaria, que exaspera todas las diversidades, todas las diferencias entre pueblos o en el mismo seno de un pueblo.

La Revolución sabe trabajar en los dos bandos, obliga a optar como si no hubiera otra salida entre los dos términos de un dilema de hecho en los cuales ella está, ya en una fase acelerada, ya retardada. Una injusticia de un bando provocará la reacción del otro, "justificará" una injusticia mayor, y se acelerará el proceso revolucionario. Esta práctica de la contradicción que caracteriza a toda la Revolución moderna será llevada a su perfección técnica en su fase marxista.

Cuantos crean que se puede servir a un fin alto y noble con cualquier medio, no procuran el "suavísimo imperio de Cristo". sino que trabajan para "el príncipe de este mundo".

[109] Op. cit., cap. x, El terrorismo revolucionario, pág. 276.

EL PENSAMIENTO MODERNO Y LA REVOLUCIÓN

> Las más formidables mayorías no podrán jamás nada contra *lo que es.* (JEAN MARIAL, "*Au Commencement*" [1].

Asistimos, en nuestro país y en el mundo, a la bancarrota del **subjetivismo teorético, moral, político y jurídico,** y a las catástrofes humanas producidas por él, así como por el **pseudo-objetivismo meramente "técnico-científico"** aplicado al hombre y a la sociedad. Pseudoobjetivismo que a aquel subjetivismo pretende suceder, pero con el cual, en verdad, *se combina*, y *del cual* brota. Y tras uno y otro está, como veremos, la Revolución.

Trataremos de examinar las características de aquellas actitudes:

1º) Dicho **subjetivismo** consiste en hacer depender lo real y lo verdadero del conocimiento y de las opiniones de los hombres, en lugar de centrar éstos sobre lo que es *en sí verdadero y real.* Por eso tal actitud es a la vez un *voluntarismo;* en efecto, dado que la naturaleza de la inteligencia consiste en conocer y afirmar *lo que es* en someterse al ser, todos aquellos que quieren sobreponer el arbitrio humano a lo real tienen que desbancarla en beneficio de la *voluntad;* e incluso los que de algún modo la conservan, otorgan a la inteligencia propiedades *creadoras* ó *modificadoras* de lo que

[1] "Au Commencement", breve "suma" contra el subjetivismo y la Revolución modernos; y en pro de la objetividad de la verdad y sobre las consecuencias sociales de ella. Obra de "La Cité Catholique", que está en nuestro programa de publicación.

es, propiedades que en realidad no pertenecen a la inteligencia humana, sino a la divina, y que en el hombre corresponden a la *voluntad* unida a la *acción externa*, corpórea, no a la inteligencia contempladora y descubridora de lo que es [2].

Pero un arbitrio, una voluntad o una acción externa que se anteponen a la inteligencia y la desvían del ser objetivo, dado, de las cosas, son necesariamente ciegas; y como ha dicho Cristo Nuestro Señor: "*Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán al pozo*".

La humanidad es hoy conducida por un *voluntarismo ciego*, *subjetivista*, contra el ser, contra lo que es, y en último término, contra el Principio del ser, Dios.

Así, vivimos en pleno absurdo y en pleno crimen. En *religión*, se dice que "todas las religiones son buenas", por lo que "ninguna —y ante todo, *claro*, la católica— debe pretender *privilegios*"; lo cual está muy cerca de decir que todas son igualmente inútiles o malas, como en efecto lo afirma el marxismo. La verdad de la existencia de Cristo y la de su mensaje, el origen en Cristo de la Iglesia Católica, se ponen así a la misma altura que los relatos sobre Osiris o sobre Buda, y que los títulos que puede exhibir la secta mormónica o el teosofismo de Mme. Blavatsky. Se niega "a priori" que Dios haya podido encarnarse en Jesucristo y que éste haya podido fundar la Iglesia Católica, o se rehusa discutir sobre ello para ordenar la vida personal y social. Se pone a la Revelación divina a igual nivel que cualquier sueño o aberración humana o incluso diabólica. Así, se pretende que es "intolerancia" el afirmar que Dios existe, que Cristo es Dios, que la Iglesia Católica es la de Cristo, como verdades objetivas; algo así como si alguien dijera que es *intolerancia* el sostener que dos y dos son cuatro, porque ello quita la "fecunda libertad" de sostener que son cinco, cero, un millón

[2] No negamos la existencia de una función práctica del intelecto cuando dirige la acción, pero el intelecto se hace práctico por participación de la voluntad, y no construye reales cosas exteriores si a ello no se une también la actividad corpórea.

o todo ello a la vez [3]. Como si el católico "tuviera la culpa" de que Dios exista, de que Cristo sea Dios, de que su Iglesia sea precisamente la fundada por Cristo, y de que no lo sean las demás.

En *filosofía*, los sistemas se contradicen —idealismo, materialismo, neopositivismo, existencialismo ateo, "raciovitalismo" orteguiano, etc.—, concordes sólo en que *no se puede*, en que *no se debe* volver a la filosofía escolástica ni a la teología católica. El *idealismo* —Kant, Hegel, Brunschvicg, Gentile, Croce, Husserl— hace del mundo una proyección de nuestro *yo*, y a éste una especie de punto metafísico vacío o indeterminado, de donde todo, no se sabe cómo ni por qué, surge y se origina: una nada creando al ser, que en la nada vuelve a resolverse. El *materialismo*, entre ellos el dialéctico, marxista, pretende que es la materia ciega, movida por no sé qué fuerza de contradicción, la que lo engendra todo, hasta el alma humana; y que las más nobles aspiraciones y verdades de ésta sólo son la proyección ilusoria de necesidades económicas. Y pese a hacer de la *composición* la *esencia de la materia*, propone a las masas el ideal de una sociedad futura paradisíaca, más allá de toda contradicción y opresión. El *neopositivismo* reduce todas los seres a meros conjuntos accidentales de "datos sensibles" *(sense-data)*, sin ente substancial alguno que los sostenga, ni sujeto substancial alguno frente a ellos que los capte; reduce toda verdad lógica

[3] No se pretende con esto que evidencia matemática y conocimiento por la fe de las verdades reveladas pertenezcan a un mismo tipo gnoseológico. Las verdades matemáticas son naturalmente cognoscibles; no así los misterios sobrenaturales como la Trinidad o la Encarnación. Pero esos misterios nos han sido revelados, ante todo, por Jesucristo, cuya *existencia histórica* es indiscutible, y cuyo *carácter sobrehumano* surge de sus *hechos*, sólo negables para los que "a priori" hayan decidido negar lo sobrenatural y el milagro porque no convienen a su "Libertad" antropocéntrica. La fe, pues, aunque virtud sobrenatural, es un "obsequio racional". Pues es racional admitir lo sobrerracional. Y es irracional hacer de la razón humana la medida absoluta del ser negando lo que la sobrepasa.

o matemática al resultado de meras *convenciones* entre los hombres, y toda afirmación ética, metafísica o teológica a simples *sonidos sin sentido.* El *existencialismo ateo*, o identifica la Nada y el Ser, o hace del hombre un mero "pro-yecto" fútil y caduco entre dos noches: la que precede a su acceso a la conciencia, y la definitiva que seguiría a su muerte. El *raciovitalismo orteguiano*, por fin —pese a la elegancia literaria de su expresión y a sus aciertos de detalle, que a muchos atraen—, niega también todo objeto y todo sujeto substanciales, quedándose con su mera correlación, a la que coloca y disuelve en el seno de una "vida" insustancial y en perpetuo devenir. "Vida" ante la cual debe ceder toda verdad eterna, ética, metafísica o teológica. Y así siempre, así en todos los "sistemas" modernos.

En lo *moral*, cada uno quiere "vivir su vida" y no admite consejos, correcciones ni castigos, porque no tolera normas que él mismo —como ser individual en el liberalismo, o social en el marxismo— no se autoimponga. Cada vez menos cosas son consideradas malas, y triunfa la pornografía, la corrupción de la juventud y de la mujer, el robo, el asalto, el asesinato, la estafa, el negociado, el divorcio, para terminar a menudo, el hombre que así obra, en el hastío y el suicidio.

Entre los *epistemólogos* o *teóricos de las ciencias llamadas positivas*, se suele decir actualmente que es el hombre, con su actividad técnica y operativa, junto con sus cálculos matemáticos e hipótesis reguladoras, el que crea en cierto modo el objeto físico, perdiéndose de vista, así, la existencia misma del mundo natural que se nos entra por los ojos antes de toda construcción; mundo sin el cual no serían posibles aquellos científicos, ni su ciencia, ni los aparatos que para ellas utilizan y en los que —dando ahora sí crédito a sus sentidos— leen las mediciones que efectúan.

En lo *político*, el siglo XX ha contemplado las dos guerras más tremendas y criminales de la historia; justo el siglo para el cual, en el XVIII y en el XIX, se pronosticaba la paz perpetua y perfecta por obra del laicismo, la "ciencia"

y la "ilustración". Cada una de esas guerras ha causado millones de víctimas; millones de sacrificios, ¡pese a que no se cree en verdad ni en bien objetivo alguno que defender! Y a ellas se agregan tremendas y continuas revoluciones y guerras civiles —un millón de muertos en la de España—; en Rusia sovietizada hay doce millones de presos políticos condenados a trabajos forzados, según el no sospechoso testimonio del ex jefe rojo español Valentín González, "El Campesino"; Hitler habría dado muerte, dícese, a millones de judíos [4]; las "democracias humanitarias" lanzaron sus bombas atómicas sobre dos ciudades japonesas, causando en un segundo muchas más víctimas que la Inquisición —que tanto las escandalizaba— en seis siglos. Y al mismo tiempo, sin necesidad alguna, por oscuros pactos masónicos y financísticos intereses anticristianos, entregaron a la tiranía soviética media Europa, toda la China, la mitad de Corea y la parte más católica —¡qué casualidad!— de la Indochina, sin contar el metódico arrasamiento de las mejores ciudades alemanas por medio de "científicos" bombardeos en "tapis roulant". Y ahora parece que ha llegado el turno de la entrega de nuestra desdichada Hispanoamérica al marxismo.

La humanidad oscila, en lo *político-social*, entre el *voluntarismo de la mayoría* (en realidad, el de las logias, poderes financieros y centrales marxistas) y el *voluntarismo de algún dictador* pseudocarismático: ambas "formas de gobierno" aparentemente opuestas, están unidas, en el fondo, en un común subjetivismo y voluntarismo, *voluntarismo de la mitad más uno*, o *voluntarismo del uno*, en quien se encarnan mágicamente las pasiones y los mitos de una comunidad y de una época.

En lo *jurídico*, a una nunca vista multiplicación de leyes y "Constituciones", cada vez más confusas, contradicto-

[4] Otros reducen esa cifra a la de varios centenares de miles. Lo que no es poco. Y el 99 por ciento de esos judíos sacrificados no pertenecía a aquellos grupos (formados en gran parte por hombres de su raza) que se dice dirigen la Revolución anticristiana.

rias, detallistas y asfixiantes, se une un cada vez menor respeto por la ley; y no en vano, porque no se funda a éstas en los principios del derecho natural y del derecho cristiano, con adaptación a las tradiciones de un país real y concreto, sino, de nuevo, en el arbitrio subjetivo y voluntarístico de una mayoría, o de una pseudomayoría, o de un partido, o de un hombre, o —lo que es peor aún— en la oculta imposición de un grupo económico internacional o de una superpotencia extranjera, liberal o marxista.

Cosa curiosa: si se tratara, por ejemplo, de construir un puente colgante sobre un río, a nadie se le ocurriría, salvo que fuera demente, que la mejor manera de construirlo sería la de decidir su proyecto, sus cálculos matemáticos y la elección de materiales por medio de una expresión voluntarística de la mayoría o de un supuesto superhombre totalmente ignorante en ingeniería. No; se va en tales casos al ingeniero, esto es, *al que sabe* en ese campo; al que en la materia puede poner su intelecto de acuerdo con *lo que es:* con el ser del puente, con el ser y resistencia de los materiales, con el ser objetivo de las relaciones matemáticas entre ellos, etc. Y sin embargo, en la *construcción de la sociedad*, tarea mucho más delicada y grave que la del puente del ejemplo, no se recurre a *los que saben* en tal materia, esto es, a *los prudentes en materia política*, a los *sabios por virtud y experiencia*, sino a las susodichas *explosiones de voluntad ciega o engañada.* Y así como un puente construído según una mayoría, no por ser ésta auténtica y exhaustiva dejaría de venirse abajo —con pérdida de vidas y haciendas— si la obra no está de acuerdo con *lo que es* y *debe ser*, con la *realidad*, así también las sociedades de ese modo constituídas terminan en el derrumbe, en el caos, en la guerra civil o internacional —cuando no se desarrollan como cánceres, y sólo en lo material y técnico—, arrastrando a la destrucción a muchas más vidas y haciendas que el antedicho puente. Es que existe un *orden moral*, fundado en el físico, metafísico y teológico, que tiene sus leyes necesarias tanto como las tiene el *orden técnico.* Se suele reconocer al segundo, pero no al primero, por obra de ese sub-

jetivismo voluntarista que siglos de crecientes errores especulativos y éticos han engendrado, y que es sabiamente utilizado por grupos que quieren la destrucción de todo orden natural y cristiano, movidos, como veremos, por su odio a *Aquel que Es*, y a su *Cristo. Jesús.*

2º) Y así, tenemos ocasión de pasar a examinar el segundo error enunciado al principio de este Prólogo: el del **pseudoobjetivismo meramente técnico-científico.**

Podría haber muchos —y de hecho los hay— que convinieran en la crítica que hemos hecho al subjetivismo total y a sus repercusiones social-políticas; y que apoyándose precisamente en ejemplos como el del puente, dijeran: sí, es evidente; no es posible dejar a la masa ignara ni al dictador ocasional la tarea de edificar la sociedad. Esta tarea, sobre todo en los tiempos modernos, requiere especiales conocimientos: instauremos, pues, el gobierno de los *técnicos*, de los *científicos*, y todo irá bien.

A ello cabría replicar que muchos de los males de que ha sufrido la humanidad en los más recientes tiempos se deben, precisamente, a culpa de tales científicos y técnicos, los que, especializados en sus materias, han perdido de vista al hombre concreto y real, a la moral y a Dios. Es que en este error tecnocrático-cientifista se olvida que el *orden ético* no se confunde con el *orden técnico*, y que la sociedad pertenece precisamente al primero, por lo cual, aun cuando englobe también problemas técnicos, éstos deben subordinarse a lo ético, y por tanto los técnicos y científicos deben subordinarse al prudente moral.

En efecto, como enseña la filosofía tomista, hay que distinguir el *obrar* del *hacer*. El *hacer* se ordena a la producción de una *cosa exterior*, de una casa o de una máquina, por ejemplo. El *bien* que lo regula es el *bien de la obra* por construirse, que es su fin, y que es distinto del bien del hombre. En cambio, el *obrar* es inmanente, es *conducta;* su *bien*, su *fin* —de donde nacen sus normas— no es una *cosa exterior que el hombre haría*, sino el bien del hombre en cuanto tal:

mediante la rectificación de la conducta, alcanzar la verdadera felicidad que consiste en el conocimiento y amor de Dios, sumo Ser y sumo Bien, objeto último de las potencias específicamente humanas: la inteligencia y la voluntad. Lo que introduce confusión en el caso de la *sociedad* es la cierta exterioridad que ésta parece tener y de hecho tiene, por lo cual fácil es caer en el error de asimilarla a una obra técnica cualquiera. Pero nótese que, aunque la sociedad, para existir, requiere medios exteriores: el habla, la escritura, distintas obras de técnica, etc., ella, esencialmente, siendo orden humano, no consiste en un orden de *cosas exteriores*, sino en uno de *conductas humanas*, tendientes, todas, a un *bien común*, que, aunque no meramente individual de cada uno, no es un bien-cosa fabricable exterior, no es el bien de un aparato, sino un bien capaz de perfeccionar a los hombres como hombres: la verdad, el bien moral, Dios: bienes todos poseíbles en común, por inagotables e indivisibles, en que la inteligencia y voluntad de cada hombre pueden desembocar para coincidir allí con las de los demás y gozarlos junto con ellos.

Por eso no es el técnico ni el científico positivo al servicio de la técnica quienes deben gobernar la sociedad política, sino el prudente, el ético y el hombre dotado de prudencia política en el orden natural y sobrenatural.

Como ejemplos trágicos de lo que ocurre cuando lo técnico-científico no se subordina a lo ético en la ordenación social, podríamos citar precisamente las dos guerras mundiales de este siglo, la exterminación de clases sociales y pueblos enteros por el régimen soviético en pro de la producción y de determinadas concepciones económicas, los campos de concentración de Dachau y Buchenwaldt con los experimentos "científicos" que sobre seres humanos allí se realizaban. Incluso cabría traer a colación el ejemplo menos trágico, pero también elocuente, de lo que está sucediendo en nuestro país: la situación cercana a la bancarrota a que llegó exige sacrificios, trabajo, dedicación al bien común; pero al mismo tiempo que se pregona la necesidad de algunas de dichas actitu-

des, se permite la difusión de la inmoralidad, de un concepto hedonístico de la vida en libros, propaganda, periódicos, cine, etc.; se instaura el laicismo, se lleva a las gentes a concebir que esta vida es la única, y únicos los goces materiales; se concibe la reconstrucción del país ante todo como un desarrollo comercial e industrial, que exige, precisamente, que las gentes sean llevadas, por dicha propaganda, a querer satisfacer falsas "necesidades" de lujo y "confort". Y es claro, un pueblo sin virtudes morales se revela como incapaz de sacrificios, y éstos le son exigidos en pro de un tipo de vida sólo plenamente accesible a grupos económicamente privilegiados. ¿Cómo, así, se va a obtener una verdadera regeneración social? Sólo se logra la difusión de un odio que lleva agua al molino comunista.

Es que la ciencia y técnica modernas son físico-matemáticas, y las matemáticas, como dijera Aristóteles, "no son buenas". No es que sean malas, sino que por esencia abstraen de la *finalidad* en las cosas, y el reino de la finalidad es el reino del bien, pues el bien es fin, en cuanto objeto de la voluntad. Son, pues, a-morales; utilizables para bien o para mal, y lo mismo ocurre con la ciencia y con la técnica que hace de ellas su principal instrumento cognoscitivo y constructivo. La ciencia físico-matemática, originada en Descartes y Galileo, válida en su plano mientras no pretenda ser la única o suprema, sólo considera las cosas desde el punto de vista de la cantidad y de la medición; como dijera De Koninck, para ella son lo mismo 70 kgs. de ladrillos y 70 kgs. de hombre, pues hace abstracción de la esencia substancial de las cosas, de sus cualidades, de sus tendencias orientadas a un fin, de su ubicación en la jerarquía de los seres, e incluso de su *acto de ser*, de su misteriosa *presencia*, y, por lo tanto, es ciega para el valor y para el bien.

Mas como el físico-técnico-matemático que hace de su disciplina el saber absoluto, no por afirmarlo deja de tener una tendencia volitiva con exigencias de infinito, como todo hombre (precisamente porque la voluntad es tendencia iluminada por la inteligencia, y ésta es abertura hacia el ser en

cuanto tal, y por tanto, virtualmente, hacia el Ser Infinito, Dios, en último término), su especialidad, limitada al ser-cuantitativo, *no lo puede colmar humanamente, ni menos sobrenaturalmente*, y por ello ese objetivismo *limitado*, físico-técnico-matemático, termina por ser instrumentado por ese apetito de infinito que, no hallando salida y satisfacción en Dios, se transforma en torturadora y subjetiva "voluntad de poder" y de "dominio", sin respeto por valor, misterio, naturaleza concreta y viviente ni hombre alguno, todo lo cual pasa a ser mero objeto manejable por aquel afán prometeico, que conduce a grandezas babélicas y a sus consiguientes e inevitables catástrofes.

El marxismo, el supercapitalismo tecnoplutocrático, el sinarquismo masónico [5], etc., son ejemplos de regímenes que caen en dicho error.

JUAN A. CASAUBON.

(Continuará).

[5] Rama de la masonería, poco conocida, que, así como otras se dedican a infiltrarse en gobiernos liberales o socialistas —y antes en los monárquicos—, se especializa en hacerlo en los autoritarios y jerárquicos, pero tendiendo a la estatización universal y a la socialización de los bienes, con lo cual, bajo apariencias fascistoides, se dirige al mismo fin último que el socialismo y el comunismo. Se infiltró parcialmente en el régimen de Vichy. Se refiere a ella Henry Coston en su importante obra "*Les financiers qui menent le monde*", París, Les Edit. Nation.

De "Los misterios del cristianismo", de Matías José Scheeben

El elemento misterioso en el origen y en el curso del pecado

...Así mediante la tentación el pecado de los ángeles se propagó al hombre, y se propagó con su carácter peculiar; en ambas partes ardió la lucha contra el orden de la gracia, lucha encendida, por decirlo así, con el propio fuego —celestial— de la gracia.

¿No podemos añadir que también la comunión de los ángeles y los hombres en el pecado, el trato recíproco en la maldad tiene también su fundamento más sólido y profundo en el orden de la gracia?

La relación y el comercio recíproco entre los ángeles y los hombres, así en el bien como en el mal, son fácilmente concebibles ya de un modo natural, fundándose en la unidad natural que reina en el conjunto de la creación. Sin embargo, la diferencia entre la naturaleza de unos y la de los otros tiene demasiada importancia para poder explicar suficientemente sólo por esa unidad una comunión tan íntima y un comercio recíproco tan vivo en el bien y en el mal como son los que existen realmente según la revelación. En la gracia otorgada así a los hombres como a los ángeles, la antítesis entre las naturalezas de unos y otros desaparece; los ángeles y los hombres son levantados al seno paternal de Dios y revestidos de la naturaleza divina, son de igual categoría y forman una gran familia en la casa del Padre celestial. De ahí

el trato íntimo con los ángeles buenos, que hacen todo lo posible para que los hombres se mantengan fieles al Padre común y para asociárselos un día en la visión beatífica del rostro divino. Pero de ahí también el furor de los ángeles caídos, que tienen envidia del hombre a causa de la joya celestial que ellos perdieron; y procuran envolverle en su propia rebelión y caída, para que no pueda ocupar en el cielo el puesto del que ellos fueron arrojados. De ahí la maldad furiosa de la sierpre infernal, que persigue en el hombre a la paloma celestial (al Espíritu Santo), que con su dulce amor huyó de ella y se posó en la cabeza del hombre. De ahí la lucha tremenda, invisible y misteriosa entre el cielo y el infierno, entre la luz y las tinieblas, entre la santidad y la impiedad, entre la gracia sobrenatural y la maldad diabólica, a la que sirve de objeto y escenario la humanidad. De ahí el grande y terrible "mysterium iniquitatis", que trabaja continuamente contra el "mysterium gratiae Dei" y solamente en esta oposición encuentra su explicación.

Aquel "mysterium iniquitatis" de que habla en especial el Apóstol no es otra cosa que la labor continua del diablo en el linaje humano para destruir la gracia, y con la gracia también la naturaleza, y además un extrañamiento y una rebeldía contra la gracia provocados por el soplo pestilencial del espíritu diabólico en el hombre mismo, los cuales repercuten del modo más terrible y pernicioso en la naturaleza. Este "mysterium" trabaja en el mundo como un volcán subterráneo, a cuyo fondo no podemos bajar, pero que con sus terribles efectos da a comprender de sobra que oculta en sus entrañas un poder y un furor destructores de fuerza extraordinaria. Numerosos fenómenos en el campo del mal nos sorprenden por su peculiar carácter de malignidad; así la lucha sistemática contra todo lo bueno y santo, el odio profundísimo contra la Iglesia y sus ministros, el culto de Moloc y los vicios antinaturales entre los paganos son hechos, que apenas pueden explicarse por las pasiones humanas. Indican un espantoso abismo de pecado y de tinieblas, que se extiende debajo de nuestros pies; la razón no puede bajar a sus

profundidades, no puede conocer el ser de los sombríos poderes que mandan allá abajo; solamente la fe, la cual nos revela el misterio elevado, celestial de la gracia, de la luz y del amor, nos permite dar una mirada también al abismo infernal de la culpa, de las tinieblas y del odio, del que debemos temer tanto cuanto podemos esperar de aquel otro misterio.

. . . . . .

¿Rebeldía contra el Hombre-Dios?

Si la Encarnación revelada del Verbo dió a Lucifer y a sus ángeles —que antes querían someterse a uno de su propia especie contra Dios que a un hombre, aun cuando éste fuese verdaderamente Dios— el impulso para rebelarse contra Dios, entonces también su pecado adquiere un carácter nuevo, más terrible aún, más horroroso de maldad que el que vimos antes. Por haberse encendido a causa del misterio más augusto del amor divino el orgullo y el odio a Dios, forman un abismo de veneno y de malicia doblemente insondable. La voluntad del rebelde no sólo quiere en este caso sustraerse al dominio de Dios, sino que intenta formal y esencialmente asesinar, aniquilar al Hijo de Dios en su naturaleza humana capaz de morir, creyendo que solamente así podrá suprimir la contrariedad que le escandalizó. El mayor y más negro de todos los crímenes, y al mismo tiempo el más inconcebible, el deicidio, fué consecuencia espontánea de la rebelión de los ángeles, revelando la terrible malicia de su voluntad y teniendo su explicación en la misma.

Este horroroso misterio del pecado en su origen vuelve a ser para nosotros una luz que ilumina toda la historia del mismo. Nos permite echar una mirada a la profundidad del odio con que el diablo persigue al hombre. Le persigue no solamente porque éste está destinado a alcanzar la gloria que él perdió, sino que lo hace mucho más porque el hombre es un miembro en el cuerpo del Hijo de Dios; persigue a la

humanidad por la Cabeza, y a ésta la persigue a su vez porque como Cabeza está unida con los hombres. De ahí que no tiene sosiego, no descansa hasta poder aniquilar también el linaje humano, hasta imponer su dominio, el dominio de la muerte, en la tierra, hasta seducir a los hombres para que le reverencien y adoren a él en vez de reverenciar y adorar al Ungido del Señor, para que le ofrezcan sacrificios, pero sacrificios de muerte, de ignominia y del más profundo rebajamiento. Y persigue aún más al linaje humano en aquellos que después de la Encarnación de Cristo se alistaron bajo su bandera y procuran destruir en sí mismos y en los otros el reino del infierno. Y como precisamente fué una mujer la que —aunque simple persona humana— había de ser, en su calidad de Madre del Hombre-Dios, la Reina de los ángeles, también el odio del infierno había de cebarse de un modo especial en esta mujer y en todo su linaje.

¿No encuentran así su explicación más profunda las terribles atrocidades del paganismo, es a saber, los sacrificios humanos y el culto del vicio más inmundo en sus formas más contrarias a la naturaleza, como también la lucha sistemática contra el cristianismo con todas las armas de la mentira y de la difamación? Las pasiones de los hombres nunca los conducirían —por lo menos en general— a desmandarse hasta tal punto contra sí mismos y a luchar contra lo que es el mayor honor de su linaje; sólo por la astucia y el engaño de su envidioso enemigo pueden ser conducidos a tal extremo. Mas si prestan oído atento a sus insinuaciones, pueden llegar a este punto, y llegan realmente a tanta perversidad, que después de mostrárseles la Encarnación del Hijo de Dios y ser invitados a adorarle como a su Dios, como a su Rey, como fuente de su dicha, también se escandalizan de ello, con maldad sobrehumana se rebelan contra su Rey celestial, quieren levantarse por encima de él y procuran aniquilarle juntamente con su reino. Así se unieron los judíos a las intenciones del diablo para el deicidio y consintieron que éste los emplease como instrumentos; así lanzan los adeptos del infierno desde hace un siglo su grito "écrasez l'infá-

me", persiguiendo —ya que el Cristo corporal se les ha escapado— su Cuerpo místico con furia diabólica.

El escándalo, que el misterio del Hombre-Dios contenía para los ángeles caídos y para los hombres que los siguieron, naturalmente fué también la causa de que no recibieran la verdad del mismo con amor y reverencia, dando fe a la palabra de Dios, de que no la creyeran en el sentido propio de la palabra, es decir, de un modo voluntario. Mas la incredulidad, que niega el acatamiento a la fe solamente porque el objeto de la misma la escandaliza, no mitiga la culpa; la aumenta, muestra toda su malignidad en la persecución del bien que se propone para ser creído. La incredulidad sólo puede disculparse algún tanto si se entremezcla con ella cierta ignorancia; y siendo así que la revelación del misterio no se impone a los hombres —sobre todo si están obcecados por el infierno— con la misma claridad que a los ángeles, así su culpa y maldad no alcanzan nunca las de éstos. Sin embargo, pueden los hombres participar de la maldad diabólica en un grado muy alto, y realmente *es en gran parte una incredulidad diabólica la incredulidad moderna.*

De todos modos hay que reconocer que el "mysterium iniquitatis" al correr de los tiempos ha llegado a constituirse en odio y lucha formales contra el misterio de la Encarnación, y que por lo tanto el abismo de su maldad sólo puede concebirse en relación con este misterio. Mas siendo así que la maldad que aquí empieza a arder es esencialmente más profunda que toda otra maldad, y que al tratarse del príncipe de las tinieblas difícilmente se podrá suponer que al fundar su reino no haya asentado los cimientos en la maldad más extrema: ¿qué cosa más natural que admitir que ya al principio quiso oponer explícitamente su reino al reino del Hijo de Dios humanado?

Sin embargo, damos toda esta teoría referente al origen e historia del pecado solamente como lo que es, es decir, como una opinión teológica digna de atención, que no puede motivarse perentoriamente por la revelación, y sin embargo posee una gran probabilidad intrínseca.

Una cosa conocemos: la revelación de toda la miseria en que cae la criatura cuando se aleja de Dios y queda abandonada a sí misma; revelación que por la magnitud de los contrastes servirá para glorificar más a Dios en la nueva exaltación y restauración de los hombres. Dios permite que el infierno desate su cólera, que despliegue todo su poder, para destruir luego más gloriosamente sus obras, para cantar mayor victoria sobre él y arrancarle de las manos el triunfo y hacer más ignominiosa su derrota precisamente cuando el infierno se crea dominar en absoluto el campo de batalla. Así le venció la primera vez, al permitirle que con su aguijón traspasase al mismo Ungido; y perdió el maligno su aguijón y se desplomó impotente ante aquel a quien creía haber aniquilado. Así desencadenará otra vez al final de los tiempos el "mysterium iniquitatis", permitirá que en la humanidad prevaricadora el príncipe de las tinieblas sea un rival del Ungido de Dios, consentirá que para poco tiempo domine por completo en apariencia al reino del Ungido; pero luego con un rayo salido de su boca le precipitará de la altura de su trono y le sepultará para toda la eternidad en las más profundas tinieblas.

CUPÓN DE SUSCRIPCIÓN

Sr. Administrador de VERBO
Córdoba 679, esc. 710.
Capital

El que suscribe .....

domiciliado en .....

..... tiene el agrado de remitir a Ud. la cantidad

de $ .....

.....

.....

.....

Firma

Suscripción a 6 números: Argentina $ 70.— m/n. Exterior 1.— dólar
Suscripción extraordinaria: $ 500.— m/n. o 6 dólares
Precio del ejemplar: Rep. Argentina: $ 12.— m/n. Exterior 0,20 dólar

Cheques y giros a la orden de LA CIUDAD CATOLICA
Córdoba 679, esc. 710, Buenos Aires, Argentina

Correo Argentino Central B

TARIFA REDUCIDA
Concesión nº 6250

FRANQUEO PAGADO
Concesión nº 1217

Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. As.

For use in Library only

Princeton Theological Seminary Library

1 1012 01458 6996